

¿QUIÉN DEFIENDE AL NIÑO QUEER?

Los adversarios de la propuesta de enmienda de ley de matrimonio homosexual y de la extensión de la adopción y de la procreación médicamente asistida a las parejas homosexuales se manifestaron en Francia el 13 de enero de manera multitudinaria: más de seiscientas mil personas juzgaron pertinente salir a la calle para preservar su hegemonía político-sexual. Este ha sido el mayor *outing* nacional de heterócratas. Católicos, judíos y musulmanes integristas, los católicos supuestamente «progres» representados por Frigide Barjot, la derecha liderada por Jean-François Copé, los psicoanalistas edípicos, los socialistas de la diferencia sexual e incluso buena parte de la izquierda radical se han puesto de acuerdo para hacer del derecho del niño a tener un padre y una madre el argumento central que permitiría limitar los derechos de los homosexuales. Sus últimas manifestaciones públicas se han caracterizado por los lemas injuriosos y por la violencia de sus «servicios de orden». No es extraño que defiendan sus privilegios con un hacha de guerra en la mano. Lo que resulta filosófica y políticamente problemático es que lo hagan en nombre de la defensa de la infancia. Resulta inadmisibles que sean los niños quienes tengan que llevar el hacha.

El niño que Frigide Barjot pretende proteger no existe.

Los defensores de la infancia y de la familia invocan la figura política de un niño que construyen de antemano como heterosexual y generonormado. Un niño al que privan de la energía de la resistencia y de la potencia de usar libre y colectivamente su cuerpo, sus órganos y sus fluidos sexuales. Esa infancia que pretenden proteger está llena de terror, de opresión y de muerte.

Frigide Barjot juega con la ventaja de que al niño no se le considera capaz de sublevación política contra el discurso de los adultos: al niño se lo sigue considerando como un cuerpo que no tiene derecho a gobernar. Permítanme inventar retrospectivamente una escena de la enunciación, responder como el niño gobernado que fui un día y proponer otra forma de gobierno de los niños que no son como los otros.

Yo fui un día el niño al que pretende proteger Frigide Barjot. Y me sublevo ahora en nombre de los niños a los que su falaz discurso se dirige.

¿Quién defiende los derechos del niño diferente? ¿Quién defiende los derechos del niño al que le gusta vestirse de rosa? ¿Y los de la niña que sueña con casarse con su mejor amiga? ¿Quién defiende los derechos del niño homosexual, del niño transexual o transgénero? ¿Quién defiende el derecho del niño a cambiar de género si así lo desea? ¿El derecho del niño a la libre autodeterminación de género y sexual? ¿Quién defiende el derecho del niño a crecer en un mundo sin violencia de género y sexual?

El invasivo discurso de Frigide Barjot y de los protectores del «derecho del niño a tener una madre y un padre» me devuelve tristemente al lenguaje del nacionalcatolicismo de mi infancia. Nací en la España franquista y crecí en una familia heterosexual católica de derechas. Una familia ejemplar que los naturalistas podrían erigir en emblema de la virtud moral. Tuve un padre y una madre que operaron virtuosamente como garantes domésticos del orden heterosexual.

En los actuales discursos franceses contra el matrimonio homosexual y la adopción y la procreación asistida reconozco las ideas y los argumentos de mi padre. En la intimidad del espacio doméstico, mi padre ponía en marcha un silogismo que invocaba la naturaleza y la ley moral y acababa justificando la exclusión, la violencia e incluso la muerte de los homosexuales, travestis y transexuales. Empezaba a menudo con «un hombre tiene que ser hombre, y una mujer, mujer, así lo ha querido dios», continuaba con «lo natural es la unión de un hombre y una mujer, por eso los homosexuales son estériles» y al final venía la implacable conclusión: «Si tengo un hijo maricón, lo mato.» Y ese hijo era yo.

El niño que Frigide Barjot pretende proteger es el efecto de un insidioso dispositivo pedagógico, el lugar de proyección de todos los fantasmas, la coartada que permite al adulto naturalizar la norma. La biopolítica es vivípara y pedófila. Está en juego el futuro de la nación heterosexual. El niño es un artefacto biopolítico que permite normalizar al adulto. La policía de género vigila las cunas para transformar todos los cuerpos en niños heterosexuales. O eres heterosexual o lo que te espera es la muerte. La norma hace la ronda alrededor de los recién nacidos, reclama cualidades femeninas y masculinas distintas a la niña y al niño. Modela los cuerpos y los gestos hasta diseñar órganos sexuales complementarios. Prepara e industrializa la reproducción, de la escuela al parlamento. El niño que Frigide Barjot pretende proteger es el hijo de la máquina despótica: un naturalista miniaturizado que hace campaña por la muerte en nombre de la protección de la vida.

Recuerdo el día en el que, en mi colegio de monjas Reparadoras, la madre Pilar nos pidió que dibujáramos nuestra familia en el futuro. Tenía siete años. Me dibujé en pareja con mi mejor amiga Marta, con tres hijos y varios gatos y perros. Yo había diseñado mi propia utopía sexual en la que

regía el amor libre, la procreación colectivizada, y en la que los animales gozaban de estatuto político humano.

Pocos días después, el colegio envió una carta a mi casa aconsejando a mis padres que me llevaran a visitar a un psiquiatra para atajar cuanto antes un problema de identificación sexual. La visita al psiquiatra vino acompañada de fuertes represalias. Del desprecio de mi padre y de la vergüenza y la culpabilidad de mi madre. Se extendió en el colegio la idea de que yo era lesbiana. Una manifestación de naturalistas y frigidebarjotianos me esperaba cada día al salir de clase. «Putita tortillera», me decían, «te vamos a violar para enseñarte a follar como Dios manda.» Tuve padre y madre, y, sin embargo, no fueron capaces de protegerme de la represión, del oprobio, de la exclusión ni de la violencia.

Lo que mi padre y mi madre protegían no eran mis derechos de «niño», sino las normas sexuales y de género que ellos mismos habían aprendido con dolor a través de un sistema educativo y social que castigaba toda forma de disidencia con la amenaza, la intimidación e incluso con la muerte. Tuve padre y madre, pero ninguno de ellos pudo proteger mi derecho a la libre autodeterminación de género y sexual.

Yo hui de ese padre y esa madre que Frigide Barjot habría querido para mí, porque de ello dependía mi supervivencia. Aunque tuve un padre y una madre, la ideología de la diferencia sexual y de la heterosexualidad normativa me privó de ellos. Mi padre se vio reducido a un representante represivo de la ley de género. A mi madre la despojaron de toda función que excediera la de útero gestante y reproductor de la norma sexual. La ideología de Frigide Barjot (articulada entonces por el nacionalcatolicismo franquista) me privó del derecho a tener un padre y una madre que pudieran amarme y protegerme.

Nos ha costado muchos años, muchas broncas y muchas lágrimas superar esa violencia. Cuando el gobierno socialista

de Zapatero propuso en 2005 la ley del matrimonio homosexual, mis padres, que siguen siendo católicos practicantes y de derechas, votaron socialista por primera vez en sus vidas. No lo hicieron únicamente por defender *mis* derechos, sino por su propio derecho a ser padre y madre de un hijo no-heterosexual. Por su derecho a la paternidad de *todos* los hijos, con independencia de su género, sexo u orientación sexual. Mi madre confiesa que fue ella la que arrastró a mi padre, más reticente, hasta la manifestación y las urnas. Me decía: «Nosotros también tenemos derecho a ser tus padres.»

No nos engañemos. Los manifestantes nacionalcatólicos franceses no defienden los derechos del niño. Protegen el poder de educar a sus hijos en la norma sexual y de género, como presuntos heterosexuales, concediéndose el derecho de discriminar toda forma de disenso o desviación.

Lo que es preciso defender es el derecho de todo cuerpo, con independencia de su edad, de sus órganos sexuales o genitales, de sus fluidos reproductivos y de sus órganos gestantes, a la autodeterminación de género y sexual. El derecho de todo cuerpo a no ser educado exclusivamente para convertirse en fuerza de trabajo o fuerza de reproducción. Es preciso defender el derecho de los niños, de todos los niños, a ser considerados como subjetividades políticas irreductibles a una identidad de género, sexual o racial.

París, 14 de enero de 2013

La homosexualidad es un francotirador silencioso que pone una bala en el corazón de los niños que juegan en los patios, sin importarle si son hijos de pijos o de progres, de agnósticos o de católicos integristas, no le falla la puntería ni en los colegios de las zonas altas ni en los de las zonas de educación prioritaria. Tira con la misma pericia en las calles de Chicago que en los pueblos de Italia o en las barriadas de Johannesburgo. La homosexualidad es un francotirador ciego como el amor, generoso como la risa, tolerante y cariñoso como un perro. Cuando se cansa de disparar a los niños, tira una ráfaga de balas perdidas que van a alojarse en los corazones de una campesina, de un conductor de taxi, de un paseante de parques... La última bala alcanzó a una mujer de ochenta años mientras dormía.

La transexualidad es un francotirador silencioso que dispara directo al pecho de los niños que se miran al espejo, o aquellos que cuentan los pasos mientras caminan. No sabe si nacieron de una PMA (Procreación Médicamente Asistida) o de un matrimonio romano. No le importa si vienen de familias monoparentales o si papá se vestía de azul y mamá de rosa. Ni el frío de Sochi ni el calor de Cartagena de Indias le hacen temblar. Abre fuego por igual en Israel que en Palesti-

na. La transexualidad es un francotirador ciego como la risa, generoso como el amor, cariñoso y tolerante como una perra. De cuando en cuando, dispara sobre un profesor de provincias o sobre una madre de familia, *et boom*.

Para los que tienen la valentía de mirar la herida de frente, la bala se convierte en una llave maestra que abre una puerta hacia un mundo que nunca antes habían visto. Caen todos los velos, la matriz se descompone. Pero algunos de los que llevan una bala en el pecho deciden vivir como si no la llevaran dentro. Hay quien ha muerto por llevar la bala.

Otros compensan el peso de la bala con grandes gestos de donjuanes o de princesas. Hay médicos e iglesias que prometen extirpar la bala. Dicen que en Ecuador cada día abre una nueva clínica evangelista para reeducar homosexuales y transexuales. Los rayos de la fe se confunden con las descargas de electricidad. Pero nadie ha logrado nunca extirpar una bala. Se puede enterrar más profunda en el pecho, pero no extirpar. Tu bala es como tu ángel de la guarda: siempre estará contigo.

Yo tenía tres años cuando sentí por primera vez el peso de la bala. Sentí que la llevaba cuando escuché a mi padre tratar de sucias tortilleras a dos chicas extranjeras que caminaban de la mano por el pueblo. Sentí en ese momento que el pecho me ardía. Esa noche, sin saber por qué, imaginé por primera vez que me escapaba del pueblo para ir a un lugar extranjero. Los días que vinieron después fueron los días del miedo, de la vergüenza.

No es difícil imaginar que entre los adultos que marchan en la manifestación de Hazte Oír hay algunos que llevan, enquistada en el pecho, una bala ardiendo.

Tampoco es difícil saber, por deducción estadística, conociendo la buena puntería de nuestros francotiradores, que habrá entre sus hijos algunos niños que crecerán con la bala en el corazón.

Cuando veo avanzar a las familias de las manifestaciones neoconservadoras con sus hijos, no puedo evitar pensar que entre esos niños hay algunos de tres, cinco, quién sabe, apenas ocho años, que llevan ya una bala ardiendo en el pecho. Sostienen banderas que dicen *«pas touche à nos stereotypes de genre»*, «Los niños tienen pene, las niñas tienen vulva, que no te engañen», que alguien les ha puesto entre las manos. Pero ellos saben ya que no podrán estar a la altura del estereotipo. Sus padres gritan para que las niñas lesbianas, para que los niños maricas y los niños trans no vayan al colegio, pero ellos saben que llevan la bala dentro. Por la noche, como cuando yo era un niño, se van a la cama con la vergüenza de decepcionar a sus padres, con miedo quizás de que sus padres les abandonen o deseen su muerte. Y sueñan, como yo cuando era un niño, que huyen hacia un lugar extranjero, o a un planeta lejano, donde los niños de la bala pueden vivir. Yo os hablo a vosotros, los niños de la bala, y os digo: la vida es maravillosa, os esperamos aquí, todos los caídos, los amantes del pecho agujereado. No estáis solos.

París, 15 de febrero de 2014

El pasado día de Nochebuena moría en Barcelona Alan, un chico trans de diecisiete años. Había sido uno de los primeros menores trans que había obtenido un cambio de nombre en el documento nacional de identidad en el Estado español. Pero el certificado no pudo contra el prejuicio. La legalidad del nombre no pudo contra la fuerza de los que se negaron a usarlo. La ley no pudo contra la norma. Los episodios constantes de acoso e intimidación que sufría desde hacía tres años en los dos centros escolares en los que se había matriculado acabaron por hacerle perder confianza en su posibilidad de vivir y lo condujeron al suicidio.

La muerte de Alan podría considerarse como un accidente dramático y excepcional. Sin embargo, no hubo accidente: más de la mitad de los adolescentes trans y homosexuales dicen ser objeto de agresiones físicas y psíquicas en el colegio. No hubo excepción: las cifras más altas de suicidio se registran entre los adolescentes trans y homosexuales.

Pero ¿cómo es posible que el colegio no fuera capaz de proteger a Alan de la violencia? Digámoslo rápidamente: el colegio es la primera escuela de violencia de género y sexual. El colegio no solo no pudo proteger a Alan, sino que además facilitó las condiciones de su asesinato social.

El colegio es un campo de batalla al que los niños son enviados con su cuerpo blando y su futuro en blanco como únicos armamentos, un teatro de operaciones en el que se libra una guerra entre el pasado y la esperanza. El colegio es una fábrica de machitos y de maricas, de guapas y de gordas, de listos y de tarados. El colegio es el primer frente de la guerra civil: el lugar en el que se aprende a decir «nosotros no somos como ellas». El lugar en el que se marca a los vencedores y a los vencidos con un signo que se acaba pareciendo a un rostro. El colegio es un *ring* en el que la sangre se confunde con la tinta y en el que se recompensa al que sabe hacerlas correr. Qué importa los idiomas que se enseñen allí si la única lengua que se habla es la violencia secreta y sorda de la norma. Algunos como Alan, sin duda los mejores, no sobreviven. No pueden unirse a esa guerra.

La escuela no es simplemente un lugar de aprendizaje de contenidos. La escuela es una fábrica de subjetivación: una institución disciplinar cuyo objetivo es la normalización de género y sexual. El aprendizaje más crucial que se exige del niño en la escuela, sobre el que se asienta y del que depende cualquier otro adiestramiento, es el del género. Eso es lo primero (¿y quizás lo único?) que allí vamos a aprender. Fuera del ámbito doméstico, el colegio es la primera institución política en la que el niño es sometido a la taxonomía binaria del género a través de la exigencia constante de nombramiento e identificación normativos. Cada niño debe expresar un único y definitivo género: aquel que le ha sido asignado en su partida de nacimiento. Aquel que corresponde a su anatomía. El colegio potencia y valora la teatralización convencional de los códigos de la soberanía masculina en el niño y de la sumisión femenina en la niña, al mismo tiempo que vigila el cuerpo y el gesto, castiga y patologiza toda forma de disidencia. Precisamente porque es una fábrica de producción de identidad de género y sexual, el colegio entra en cri-

sis cuando se la confronta con los procesos de transexualidad. Los compañeros de Alan le exigían que se subiera la camiseta para que probara que no tenía pecho. Lo insultaban llamándolo marimacho o negándose a llamarlo Alan. No hubo accidente, sino planificación y concierto social al administrar el castigo al disidente. No hubo excepción, sino regularidad en la tarea llevada a cabo por las instituciones y por sus usuarios para marcar a aquel que pone su epistemología en cuestión.

La escuela moderna, como estructura de autoridad y de reproducción jerárquica del saber, sigue dependiendo de una definición patriarcal de la soberanía masculina. Al fin y al cabo, las mujeres, las minorías sexuales y de género, los sujetos no-blancos y con diversidad funcional han integrado la institución colegio no hace tanto: cien años si pensamos en las mujeres, cincuenta o incluso veinte si hablamos de la segregación racial, apenas una decena si se trata de diversidad funcional. A la primera tarea de fabricar virilidad nacional se le añaden después las tareas de modelar la sexualidad femenina, de integrar y normalizar la diferencia racial, de clase, religiosa, funcional o social.

Junto con la epistemología de la diferencia de género (que tiene en nuestros entornos institucionales el mismo valor que tenía el dogma de la divinidad de Cristo en la Edad Media), el colegio funciona con una antropología esencialista. El tonto es tonto, y el marica, marica. El colegio es un espacio de control y dominio, de escrutinio, diagnóstico y sanción, que presupone un sujeto unitario y monolítico, que debe aprender, pero que no puede ni debe cambiar.

Al mismo tiempo, el colegio es la más brutal y fanteche de las escuelas de heterosexualidad. Aunque aparentemente asexual, el colegio potencia y fomenta el deseo heterosexual y la teatralización corporal y lingüística de los códigos de la heterosexualidad normativa. Estos podrían ser los nombres

de algunas de las asignaturas troncales de todo colegio: Principios del machismo, Introducción a la violación, Taller práctico de homofobia y transfobia. Un estudio reciente realizado en Francia mostraba que el insulto más común y más vejatorio utilizado entre los alumnxs en las escuelas era «maricón» (*pédé*) para los chicos y «puta» (*salope*) para las chicas. No hubo accidente en la muerte de Alan, sino premeditación de la violencia, continuidad del silencio. No hubo excepción, sino repetición impune del crimen.

Sabemos, desde la revolución de esclavos de Haití y de las posteriores revoluciones afroamericanas, feministas o *queer*, que existen al menos cuatro vías de lucha frente a las instituciones violentas. La primera es su destrucción. Lo que exige un cambio radical de los sistemas de interpretación y producción de la realidad. Y por tanto, lleva tiempo. La segunda, la modificación de sus estatutos legales. La tercera, la transformación que se opera a través de sus usos disidentes. Aunque aparentemente modesta, esa es una de las más potentes vías de destrucción de la violencia institucional. Y la cuarta, la fuga, que, como insistían Deleuze y Guattari, no es huida, sino creación de una exterioridad crítica: línea de fuga a través de la que la subjetividad y el deseo pueden volver a fluir.

Para acabar con el colegio asesino es necesario establecer nuevos protocolos de prevención de la exclusión y de la violencia de género y sexual en todos los colegios e institutos. Todos: públicos y privados. Todos: metropolitanos y rurales. Todos: católicos y laicos. Todos. No estoy hablando aquí de la fantasía humanista de la escuela inclusiva (y su consigna «toleremos al diferente, integremos al enfermo para que se adapte»). Al contrario, se trata de desjerarquizar y desnormalizar la escuela, de introducir heterogeneidad y creatividad en sus procesos institucionales. El problema no es la transexualidad, sino la relación constitutiva entre pedagogía,

violencia y normalidad. No era Alan quien estaba enfermo. Es la institución, el colegio, la que está enferma y a la que hay que curar sometiéndola a un proceso que, con Francesc Tosquelles y Félix Guattari, podríamos denominar de «terapia institucional». Salvar a Alan habría exigido una pedagogía *queer* capaz de trabajar con la incertidumbre, con la heterogeneidad, capaz de aceptar la subjetividad sexual y de género como procesos abiertos y no como identidades cerradas.

Frente al colegio asesino es necesario crear una red de colegios-en-fuga, una trama de escuelas trans-feministas-*queer* que acojan a los menores que se encuentren en situación de exclusión y acoso en sus respectivos colegios, pero también a todos aquellos que prefieren la experimentación que la norma. Estos espacios, aunque siempre insuficientes, serían islas reparadoras, que pueden proteger a los niños y adolescentes de la violencia institucional evitando que la historia de Alan se repita. Una escuela trans-feminista-*queer* funcionaría como una heterotopía compensatoria capaz de proporcionar el cuidado necesario para permitir la reconstrucción subjetiva y social de los disidentes político-sexuales y de género. Por ejemplo, en la ciudad de Nueva York funciona desde 2002 el instituto Harvey Milk (en recuerdo del activista gay asesinado en 1978 en San Francisco) que acoge a ciento diez estudiantes *queer* y trans que sufrían acoso y exclusión en sus respectivos centros de formación.

Quiero imaginar una institución educativa más atenta a la singularidad del alumno que a preservar la norma. Una escuela microrrevolucionaria donde sea posible potenciar una multiplicidad de procesos de subjetivación singular. Quiero imaginar una escuela donde Alan habría podido seguir viviendo.

Kassel, 23 de enero de 2016